

EXTRA PROHIBICIÓN

20 de noviembre de 2011



50 años de sinrazón (1961-2011)

EDITORIALES

El pasado 30 de marzo se cumplieron cincuenta años de la entrada en vigor de la Convención Única de Estupefacientes de las Naciones Unidas. Cincuenta largos años de sinrazón,* en los que aduciendo motivos de moral o de salud pública se han cometido graves injusticias; en los que, en vez de reducirse, tanto la demanda de estas sustancias como los daños asociados a su consumo han aumentado; en los que la excusa de una protección a la sociedad ha servido para financiar guerras. Queremos dejar constancia de que la guerra contra las drogas ha fracasado y de que la sociedad, siempre por delante de las leyes, ha encontrado fórmulas para saber convivir con estas sustancias hasta ahora ilícitas. No hemos querido acabar el año sin dejar de evidenciar estos hechos.

Hemos pedido a ENCOD y TNI –dos de las instituciones más combativas a la

hora de recuperar aquellos derechos arrebatados en Nueva York en 1961– que abran, junto a esta breve introducción, el trabajo que presentamos, y que por medio de estos editoriales se entre con toda la fuerza en un manifiesto, que no se podría haber realizado sin la participación de unos colaboradores que desde siempre, y a través de las páginas de esta publicación, han mantenido y mantienen vivo, con sus firmas o con su trabajo, el carácter antiprohibicionista de esta revista, el mismo que nos ha empujado a realizar este “Extra Prohibición” donde, con más ganas que medios, se denuncia un acuerdo contra libertades consustanciales a la especie humana, y las consecuencias a las que nos ha abocado esta sinrazón a lo largo de estos cincuenta años.

CAÑAMO

* Sinrazón: acción hecha contra justicia y fuera de lo razonable o debido; palabra sugerida por Juan Carlos Usó y escogida entre las aportadas para cerrar el título de este trabajo.

La prohibición es la herramienta del 1% para dominar al 99%. Los ciudadanos individuales sufrimos la mayoría de los problemas (discriminación, criminalidad y problemas de salud), mientras que arriba en la pirámide, entre las élites, el caso es precisamente el contrario. Allí la prohibición representa una fuente inagotable de poder y dinero. Según la imagen creada por los medios de comunicación controlados por las élites, los problemas asociados con las drogas son causados por las drogas mismas y no por las políticas implementadas. Por ello la lucha antiprohibicionista jamás va a movilizarse a las masas.

En los últimos veinte años hemos tratado de establecer diálogos con autoridades mediante nuestra presencia en los niveles más altos de la elaboración de las políticas de drogas: la ONU y la Unión Europea. Hemos presentado miles de argumentos, informes, estudios y propuestas para experimentar sistemas alternativos a la prohibición que promuevan la salud y la

seguridad pública para todos, mostrando cada vez que la prohibición de drogas está logrando precisamente lo contrario.

Pero hemos visto que estos diálogos son inútiles. La esperanza es que sirvan para flexibilizar sobre las políticas, pero hasta ahora el resultado ha sido el contrario. Los espacios mentales creados por el mensaje antiprohibicionista muy pronto han sido llenados por los especialistas profesionales. Ellos han aceptado el discurso oficial según el cual hay que reducir los daños de las drogas, y que para ello hace falta la supervisión de un médico o de un policía.

En realidad es una cuestión de sentido común. Los políticos defenderán el “consenso” detrás de la prohibición hasta el momento en que no les sirva más hacerlo. En lugar de dialogar tenemos que contribuir a la solución de su problema: creando alternativas al mercado ilegal.

Joep Oomen, Encod

El quincuagésimo aniversario de la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961 es un momento muy oportuno para empezar a plantear una reforma. Es claro que el halo de sagrada inmovilidad que envuelve el actual marco de tratados de la ONU está desfadado y es incoherente.

Durante la sesión de la Comisión de Estupefacientes en marzo del 2011, el director de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (ONUDD), Yury Fedotov, se mostró en desacuerdo con los que señalan que la Convención Única está obsoleta, pero instó a revitalizarla. La afirmación es un tanto desconcertante: si la convención no está obsoleta, uno se pregunta por qué se debe revitalizar.

Con el hecho de que exhorte a revitalizarla, Fedotov reconoce que se necesita modernización. Sin embargo, las posibilidades de que se pueda modernizar acusaron un duro golpe en enero del 2011, cuando dieciocho países bloquearon la propuesta de enmienda de Bolivia para eliminar la obligación de abolir la masticación de la hoja de coca de la Convención Única.

Tom Blickman, TNI

Tras esta postura se esconde el temor de que dar luz verde a la enmienda suponga abrir una caja de Pandora. Desde esta perspectiva, la Convención Única es algo sacrosanto, inamovible, y permitir cualquier cambio, por pequeño que sea, podría poner en peligro todo el sistema de control.

La ideología de la tolerancia cero encuadrada en la Convención Única cada vez se ve más cuestionada por visiones que apuestan por la descriminalización, la reducción de los daños y la integración de los principios de los derechos humanos en el sistema. Además, las ventajas que conllevaría un mercado regulado para el cannabis han sido aceptadas como parte del debate sobre un modelo de control más eficaz.

Al adoptar estas medidas, varios países han iniciado una “deserción blanda” del modelo. Si no es posible revitalizar el sistema, cada vez serán más los países que se enfrentarán al mismo dilema que Bolivia: retirarse de las convenciones de control de drogas de la ONU y volver a adherirse con una reserva. Esto transformaría las convenciones en una cáscara vacía.



Contenidos

El negocio de la prohibición
Antonio Escohotado

Cincuenta años
Felipe Borrillo

Elegía para una paranoia. Nostalgia y represión policial
Mariano Antolín Rato

Cannabis: prohibición, antiprohibición y cambio de paradigma
Virginia Montañés Sánchez

El virus legal: la enfermedad americana
Diplomacia y prohibición
Jonathan Ott

Drogas y... ¿revolución?
Joaquín Serra

Eugenesia, regeneracionismo y presión mediática en los orígenes del prohibicionismo en España (1915-1917)
Juan Carlos Usó

El futuro de la prohibición de las drogas
José Carlos Bouso

Tiempo de cambiar: hacia una nueva política internacional de drogas
Dr. Triptolemo

Prohibido soñar, obligatorio tener pesadillas
Fernando Pardo

El irresistible encanto de la prohibición
Alejo Alberdi

Crónica de pulque, drogas y prohibición
Carlos Martínez Rentería

Releyendo a Szasz en el aniversario de la prohibición
Jordi Cebrián

El síndrome de Caperucita
Moncho Alpuente

¿Qué beneficios ha obtenido la humanidad con la prohibición de las drogas?
Iván Carrasco Montesinos

Veinte años después
Antonio Escohotado

Fernando Pardo

Prohibido soñar, obligatorio tener pesadillas

En el texto que sigue a continuación intentaremos demostrar que la prohibición en el caso de los psiquedélicos no es que no haya servido para frenar su consumo, y creado más problemas de los que quería resolver, sino, lo que es peor, ha conseguido abortar la posibilidad de una de las terapias más revolucionarias y útiles para los trastornos mentales y para el desarrollo de la creatividad. Si nos remontamos a la noche de los tiempos descubriremos usos de los psiquedélicos en todos los continentes y en toda época. En la remota antigüedad éstos solían ser utilizados por los chamanes que cubrían a la vez el campo de la salud y el de la espiritualidad. En realidad la separación entre medicina y religión es algo bastante reciente. Nietzsche fue muy preclaro cuando proclamó: "En el siglo venidero la gente dejará de preocuparse por la salvación para dedicarse a la salud."

Durante un dilatado periodo de tiempo los enteógenos circularon con total libertad, no solo en el continente americano, sino en la misma Europa. Recientemente se están publicando libros muy interesantes que recogen nuevos datos del uso de enteógenos, no solo en la antigua Grecia, sino también en Roma. Por no hablar de la historia secreta, y no tan secreta, del cristianismo con los hongos, descubierta por serios investigadores y muy bien documentada en nuestro país por el amigo Quim Tarinas.

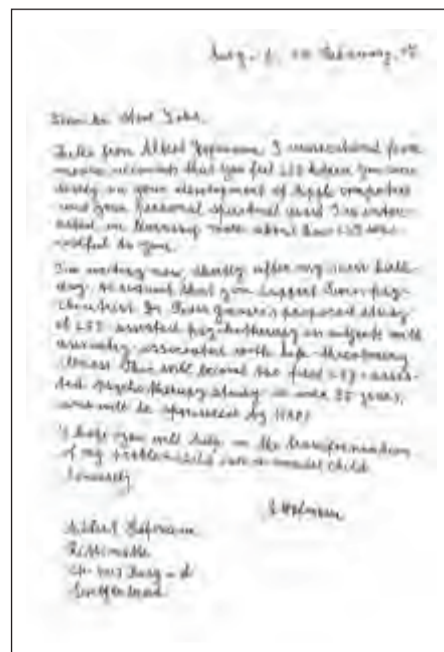
En relación con otras sustancias hoy en día Marco Aurelio sería considerado un yonqui.

Pero vamos a dejar para otra ocasión la fascinante historia, o prehistoria, de los psiquedélicos y sus usos en la antigüedad y el gran impacto que tuvieron las experiencias producidas por los estados no-ordinarios de consciencia en la vida espiritual y cultural de las sociedades pre-industriales, que demuestra que en dichas épocas el ser humano poseía una madurez mayor de la que a veces le adjudicamos.

Vamos a centrarnos a continuación en el periodo posterior a 1943, fecha en que Albert Hofmann experimentó de forma imprevista con la LSD.

No muchas personas saben que ya en la década de los años 40 del siglo pasado se publicó un primer artículo clínico sobre la LSD, a cargo de Walter A Stoll y que la LSD, activa en cantidades minúsculas de microgramos o gammas (millonésimas de gramo), pasó a convertirse de la noche a la mañana en una sensación en el ámbito médico. Durante esta época tan excitante, la LSD fue el centro de atención de toda suerte de investigadores. Nunca anteriormente una sustancia se consideró tan prometedora en tantos campos científicos. Desde la farmacología a la neurofisiología, el descubrimiento de la LSD significó el principio de una Edad de Oro en el campo de la investigación que podía resolver muchas incógnitas relacionadas con los neurotransmisores, los antagonistas químicos y las complejas interrelaciones bioquímicas subyacentes a los procesos cerebrales.

En el caso de los psiquiatras, éstos de entrada consideraron a la LSD una herramienta imprescindible para crear un modelo de laboratorio de lo que se consi-



Carta de puño y letra de Albert Hofmann a Steve Jobs de Macintosh.



deraba una psicosis endógena. Tenían la esperanza que esta "psicosis experimental" producida por dosis ínfimas de dicha sustancia fuera útil para entender la naturaleza de este misterioso trastorno y permitiera nuevos tratamientos que tuvieran éxito donde, hasta el momento, todos habían fracasado. Se empezó a sopesar la idea de que el cerebro u otras partes de cuerpo produjeran, bajo ciertas circunstancias, como un fuerte estrés, sustancias con efectos semejantes a la LSD. Lo que significaría que trastornos como la esquizofrenia no serían enfermedades mentales, sino, por así decir, aberraciones del metabolismo, que podían contrarrestarse con intervenciones químicas de signo contrario. Como nos recuerda Stanislav Grof: "La promesa de estas investigaciones era la cristalización del sueño de los cínicos orientados biológicamente: el Santo Grial de la psiquiatría".

Precisamente, Stan Grof, con cuya amistad me honro, fue un hombre valiente que luchó por mantener las investigaciones clínicas con la LSD. Según su punto de vista, aunque se aducen otros motivos para la prohibición, está muy relacionada, a un nivel profundo, con los estados no-ordinarios de la mente que no pueden explicarse desde la ciencia convencional y ponen en entredicho los supuestos metafísicos que hacen prioritaria la materia sobre la consciencia, que constituyen la base de la cultura occidental. También amenazan el mito directriz del mundo industrial, al mostrar que la felicidad real no es fruto de conseguir metas materiales sino de una experiencia mística profunda.

No solo fue la cultura –según Grof– la que no estuvo preparada para la experiencia psiquedélica. Todo lo anterior fue también cierto para los profesionales de la medicina. La mayoría de psicólogos y psiquiatras no se veían capaces de afrontar las intensas manifestaciones de las sesiones clínicas psiquedélicas, que en ocasiones se asemejan mucho a la psicopatología. Pocos psiquiatras podían entender que dichos estados podían ser curativos y llevar a una transformación real de un individuo, por lo que acostumbraban a desestimar los infor-

mes de los colegas que tenían el coraje suficiente para comprobarlo.

Otro mito son los riesgos de la terapia psiquedélica. Dichos riesgos, si bien pueden existir en muy pocas circunstancias, pueden minimizarse mediante un uso responsable de la sustancia. La seguridad de la terapia psiquedélica, llevada a cabo en entornos clínicos, se demostró en un estudio de Sidney Cohen, basándose en informes de más de 25.000 sesiones de terapia psiquedélica. Según Cohen la terapia con LSD era mucho más segura que el resto de tratamientos para las enfermedades mentales. Absurdamente, los legisladores hicieron más caso a las historias de los medios de comunicación sensacionalistas que a los informes científicos serios.

Stan Grof no tiene ninguna duda de que para aquellos que tuvieron el privilegio de explorar y experimentar el gran potencial de los psiquedélicos, esto fue una pérdida trágica para la psiquiatría, la psicología y la psicoterapia. Grof tiene la sensación de que se dio al trate con la mayor oportunidad de la historia de estas disciplinas. De



haber sido posible evitar la histeria que se produjo en la década de los años 60, la terapia con los psiquedélicos hubiera podido transformar radicalmente la teoría y práctica de la psiquiatría.

A la sombra existía otra maniobra a cargo de los laboratorios farmacéuticos, a los que no interesaba este tipo de tratamientos en los que una persona podía transformarse en unas pocas sesiones. Les interesaba cronificar la enfermedad mental, tal como han hecho, y por otro lado ampliar el parque de enfermos.

Recientemente se han publicado dos libros escalofriantes que se unen a una literatura cada vez más seria y preocupante, y que va en aumento. El primero de ellos es *Confessions of an RX drug pusher* de Gwen Olsen. Se trata de un inquietante libro autobiográfico, un viaje a las sombras, por no decir las cloacas, del campo de la salud mental, en la que se muestran las alarmantes estadísticas que se suelen ocultar sobre el éxito de los tratamientos convencionales. Gwen Olsen fue durante años representante de importantes laboratorios farmacéuticos y demuestra que llegan al mercado gran cantidad de drogas letales para la salud, mientras plantea otras inquietantes reflexiones sobre los peligros de los antidepressivos.

La otra obra, *Side effects* de Alison Bass, nos describe sin ambages los conflictos de intereses que se dan de forma escandalosa en las investigaciones sobre las drogas. Pero va más lejos, y describe como los laboratorios farmacéuticos trataron de engañar a los jueces, y sobornar hasta el apuntador, para eludir graves acusaciones sobre diversas muertes atribuidas a sus fármacos. Su descripción de las prácticas de los laboratorios farmacéuticos pone los pelos de punta. El profesor emérito de la Harvard Medical School, Arnold S. Relman, tras la lectura del libro, confesó haber quedado impresionado, y a su vez asqueado, por un relato tan rico y documentado sobre los vínculos entre las compañías fabricantes de drogas psicoactivas y la profesión psiquiátrica. Este tema lo



Dos dibujos hechos por participantes en los talleres de respiración holotrópica de Stanislav Grof.

consideramos de tal importancia, y en el fondo es tan poco conocido, que le dedicaremos un artículo específico.

Otro asunto que ensombreció las investigaciones clínicas con los psiquedélicos fue la intervención de la CIA entre bambalinas. De hecho la mayoría de los centros que investigaban sobre la LSD estaban financiados, de forma encubierta, por la Agencia. Hasta el laboratorio en que trabajaba Grof, recibía este tipo de subvenciones a través de fundaciones tapadera.

La LSD fue introducida en la CIA por un curioso personaje, Siney Gottlieb, quien se tuvo que "retirar" en 1973 por los famosos ensayos mediante drogas con sus propios agentes, uno de los cuales, Frank Olson, se suicidó, como ha recordado en un escalofriante libro: *A terrible mistake: the murder of Frank Olson the CIA's secret cold war experiments* H. P. Albarelli, que constituye el relato más detallado, cerca de 900 páginas, de esta relación de la CIA con los psiquedélicos. Aunque esto no impidió que Gottlieb recibiera la medalla honorífica de la CIA por sus servicios. En 1999 confesó que había experimentado personalmente casi doscientas veces con la LSD. Hoy se sabe que parte del dinero dedicado por la CIA a estos menesteres provenía de Nelson Rockefeller. Hay algunos aficionados a las conspiraciones que han llegado a decir que el famoso candidato Manchuriano de la CIA era Ken Kesey, que se inició en el ácido por gentileza de la CIA.

Este es otro de los temas que merecen un artículo a parte, como prometí en otra ocasión.

En resumen un cúmulo de circunstancias de todo tipo impidieron desarrollar una terapia que Grof sigue considerando del mayor interés y que puede ser de mucha ayuda para gran número de personas.

Poco antes de morir Steve Jobs confesó a su biógrafo: "Consumir LSD fue una experiencia muy profunda, una de las cosas más importantes de mi vida. La LSD te muestra que existe otra cara de la moneda, y aunque no puedes recordarlo cuando se pasan los efectos, sigues sabiéndolo. Aquello reforzó mi convicción de lo que era realmente importante: grandes creaciones en lugar de ganar dinero, devolver tantas cosas al curso de la historia y de la conciencia humana como me fuera posible."

También poco antes de morir Albert Hofmann, descubridor de la LSD, escribía a Steve Jobs, de puño y letra, instándole a ayudar en la financiación de los nuevos proyectos de investigación con la LSD.

Mi amigo Stan tiene gran esperanza en los cambios en el clima científico en general y, más aún, en los pocos casos en que jóvenes investigadores de Estados Unidos, Suiza, y otros países, han obtenido permisos oficiales para iniciar programas de terapia psiquedélica. Confía en que este inicio de un renacimiento del interés científico por los psiquedélicos devuelva finalmente estas extraordinarias herramientas a manos de terapeutas responsables. Esperemos que así sea y se pueda paliar algo del daño irreparable producido por la prohibición, que con el tiempo se verá ha sido un error descomunal.



Banisteriopsis caapi.

ción Beckley, con sede en la campiña de Oxford, viene siendo el cambio que quiere ver en el mundo.

Entre sus proyectos de investigación pioneros, antes de dedicarse a esta gesta por la reforma legislativa, se cuentan los siguientes logros científicos: desde el 2007 viene investigando legalmente el uso de lsd en humanos; desde el 2009 realiza los primeros escaneos cerebrales con la nueva técnica de imágenes fMRI en sujetos bajo el influjo de la psicocibina; realizó el primer estudio piloto permitido desde los setenta para analizar los efectos psicológicos de sustancias psicodélicas en el tratamiento de adicciones; investiga sobre las propiedades benéficas del cannabidiol (cbd) y sobre por qué conviene un equilibrio proporcionado entre the y cbd en cannabis "de la calle"; también están construyendo una base de datos

para investigar la eficacia del cannabis en el tratamiento de diferentes enfermedades y ayudando a implementar tecnología no invasiva para monitorear los cambios del flujo interrelacionado de sangre y fluido cerebrospinal en el cerebro.

Los objetivos científicos de estos experimentos legales es investigar: a) los efectos neurofisiológicos y subjetivos de diferentes sustancias psicoactivas; b) el potencial benéfico de estas sustancias en psicoterapia, medicina y neurociencias; c) la psicología del uso de sustancias psicoactivas; d) las diferencias individuales en cuanto a los patrones de uso y abuso; e) cómo conviene regular el uso de estas sustancias para reducir daños y riesgos. La consecuencia de estos esfuerzos es que nuevamente se va abriendo la puerta de la investigación científica –poco a poco, tras decenios de prohibición– al campo de las sustancias psicoactivas y sus aplicaciones como herramientas para conocer mejor la conciencia, un enigma todavía indescifrado para la ciencia.



En Londres, el 17/11 la Cámara de los Lores analiza reformar la legislación internacional sobre drogas.



www.beckleyfoundation.org

Programa de política de drogas

Por otra parte, como consecuencia de estas investigaciones psicodélicas, el programa de investigación sobre política de drogas fue diseñado por la Fundación Beckley con el fin de generar una base de evidencias científicamente probadas, lo que hasta ahora estaba faltando, para orientar más objetivamente el debate sobre futuras reformas a la política internacional de drogas. La fundación trabaja con investigadores académicos de prestigio y políticos de todo el mundo para echar luz por primera vez, desde dentro del sistema, sobre las opciones de legislación que minimicen tanto el daño que puede producir el abuso de drogas como el que producen las antiguas políticas de drogas indirectamente, éste mucho mayor a fin de cuentas.

Desde hace diez años, la fundación ha organizado siete seminarios sobre estos temas en la Cámara de los Lores, abriendo así una brecha de comprensión y profundizando los enfoques en vistas a las reformas impostergables del código internacional. En esta línea

de trabajo, tanto en Inglaterra –sobre todo a través del Imperial College y del King's College en Londres, además de la Universidad de Oxford y otras– como en otros países, se han producido más de treinta y cinco informes científicos, papeles académicos y documentos legales en torno a las principales cuestiones de legislación sobre psicótopos.

En el año 2006, Amanda Feilding –presidenta de la fundación– organizó la Global Cannabis Commission, que editó sus resultados en el 2010 en un libro sobre legislación de cannabis con el certero subtítulo "Saliendo del estancamiento" (*Cannabis Policy: Moving Beyond Stalemate*, Oxford University Press). Es un informe profundo y actualizado de la evidencia científica que se encuentra en relación con los efectos en la salud y las consecuencias sociales del uso de cannabis y de su prohibición.

Precedentes en curso y posibilidades de futuro

Hay precedentes en distintos países que avanzan hacia la despenalización del uso personal y de la posesión, pero muchos de ellos están sujetos a tratados internacionales vinculantes que los obligan a aplicar las viejas direcciones. La mayoría de las veces estos compromisos en ambas direcciones –crear lo nuevo y respetar lo viejo– resultan en mayor tolerancia, relajando las redes de control, pero pocas veces alcanzando la descriminalización verdadera.

Reformar la política internacional de drogas desde la ONU resolvería estos problemas; si es que se logra, ya que en el último medio siglo no hay precedentes, fuera del ámbito médico, de un mercado bien regulado para sustancias controladas. Para lograr este objetivo está claro que hace falta cambiar las convenciones, o en su defecto ignorarlas... La propuesta de nueva convención diseñada por la Fundación Beckley ofrece un lenguaje concreto y preciso al abordar este asunto tan espinoso para los políticos, ofreciendo lineamientos de cambio coherentes, posibles, para nada utópicos, capaces de rearticular desde otras bases el sistema de control de drogas vigente a nivel global.

Alejo Alberdi

El irresistible encanto de la prohibición

“Toda ley que pueda ser violada sin causar daño a nadie, será burlada. Más aún, estará tan lejos de lograr controlar los deseos y pasiones de las personas que, al contrario, las incitará a dirigir sus pensamientos hacia las cosas que desean y les está prohibido obtener precisamente por su condición de prohibidas. Y a las personas ociosas no les faltará la astucia necesaria para burlar leyes concebidas para regular cosas que no pueden prohibir totalmente. Quien intente determinar todo mediante leyes fomentará el crimen en lugar de evitarlo”, Baruch Spinoza.

Se habla cada vez más de la legalización de las drogas en los medios de comunicación de masas. El debate está aún en pañales, surge esporádicamente para desvanecerse al poco y, desde los propios medios, se hacen enormes esfuerzos para asfixiarlo, manipularlo o desvirtuarlo, pero, como el dinosaurio de Monterroso, la cuestión está ahí y no va a desaparecer. Sin embargo, es posible que nos estemos precipitando y, en lugar de hablar tanto de legalización, deberíamos poner un mayor énfasis en la prohibición, especialmente en su papel como propagadora del consumo de estupefacientes. Se diría que los únicos que mencionamos la prohibición de las drogas (229.000 resultados en Google) somos quienes queremos terminar con ella, mientras que a la ortodoxia prohibicionista y a sus voceros mediáticos ya no les importa hablar de la legalización de las drogas (1.170.000 resultados en el mismo buscador).

No aspiro a un premio a la originalidad al recordar que la primera prohibición mítica fue la del fruto del Árbol del Bien y del Mal, que Yahvé habría plantado en el mismísimo centro del Paraíso Terrenal, bien a la vista de Adán y Eva y, por si les hubiera pasado inadvertido, amenazó a la pareja primigenia con todo tipo de males en el caso de que osaran transgredir su mandato, que para eso era el Ser Supremo. Surgió así, y simultáneamente, el primer prohibidor y el primer tentador (pues, como destacaba Alan Watts en su obra *Las dos manos de Dios*, la serpiente fue sólo un cómplice, apenas necesario, del verdadero incitador) y, desde entonces, prohibición y tentación han ido inextricablemente unidas.

“Parece difícil negar que el miedo y la exageración pueden alimentar –por una especie de efecto bumerán– el interés y la fascinación (...). En concreto, el público adolescente, más inclinado a una actitud de rebeldía, suele estar especialmente interesado en las conductas arriesgadas, sobre todo aquellas que implican novedad, riesgo o placer y prestigio dentro de su entorno social. (...) Y es que durante mucho

tiempo –al menos dos décadas de sus vidas– los humanos se guían por lo prohibido para localizar lo deseable. Luego una parte abraza el orden, pero incluso ese segmento tiene por seguro que algo muy caro, perseguido y peligroso alberga placeres inmensos”, Juan Carlos Usó (*Drogas y cultura de masas. España 1855-1995*. Madrid: Taurus, 1996).

Parece difícil negarlo, pero a quienes viven de perpetuar miedos y de apuntalar prohibiciones en proceso de derrumbe les resulta muy fácil. El efecto “fruto prohibido”, obvio para el común de los mortales, tratado por innumerables filósofos y pensadores, evidente para cual-

quiera que conozca algo de la naturaleza humana, se convierte en algo nebuloso, excéntrico y despreciable para los llamados “expertos” en adicciones que, desde su púlpitos mediáticos, se empeñan en negarlo o minimizarlo. No tiene nada de extraño que la ortodoxia drogófoba evite cualquier indagación sobre los efectos adversos de la prohibición y que se centre obsesivamente en las sustancias diabólicas, pero algún dato se puede encontrar. Así, la FAD ha publicado dos estudios sobre la percepción social de las drogas, el último de ellos en el 2005 (*La percepción social de los problemas de drogas en España, 2004*, E. Megías, E. Rodríguez, I. Megías, J. Navarro. Madrid: FAD, 2005). En un cuadro sobre las razones que llevan a los encuestados a tomar drogas, el “gusto por lo prohibido” figuraba en cuarto lugar con un 37,9% de respuestas, casi seis puntos porcentuales más que en una encuesta de 1998. Se trataba de una cuestión con respuesta múltiple (tres opciones), pero esta razón superaba con mucho a otras más publicitadas y, generalmente, de carácter negativo, como problemas en el trabajo o con la familia, la inseguridad o “calmar los nervios”. Si las autoridades sanitarias incorporaran estas cuestiones a las encuestas del PNSD, podríamos conocer mejor el atractivo de la prohibición y sus consecuencias. Que uno sepa, la FAD no ha vuelto a realizar estudios de este tipo. Sin embargo, Eusebio Megías, director téc-

nico de la Fundación, se ha referido alguna vez a esta atracción: “Al igual que la imagen degradada y estigmatizada del yonqui puede echar atrás a muchos consumidores, algunos se sienten atraídos por el lado oscuro. Cualquier actividad marginal siempre atrae a un grupo pequeño de gente que quiere jugar al malditismo. Son personas de un nivel sociocultural más alto que quiere jugar un poco al canalla y experimentar con los extremos y los límites. Pero es anecdótico y no tiene importancia desde el punto de vista epidemiológico, porque la gran población es la residual” (*Los nuevos yonquis*, Enrique Mariño, en ADN, 11-06-2008).

Cabe dudar de si este factor es tan “residual” como quiere Megías, no sólo por su indudable peso en la encuesta citada, sino porque, según otro estudio de la FAD (*La lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*, E. Rodríguez, J.C. Ballesteros, I. Megías, M.M. Rodríguez. Madrid: FAD, 2009), al menos un 20% de los jóvenes de 15 a 24 años podrían encuadrarse en el grupo de los transgresores, para los que la prohibición sería un claro incentivo a la hora de consumir.

“Cuanto más severas sean las penas impuestas a los consumidores y a los negociantes de cocaína, más aumentará en los consumidores la atracción por el fruto prohibido y la fascinación por el peligro afrontado, y en los especuladores, la avidez por ganancia, que es ya ingente y crecerá con el crecer de la ley”, Errico Malatesta (*Umanità Nova*, traducido en un suelto anarquista, 1922: <http://perso.wanadoo.es/jcuso/textos/malatesta.htm>).

No es necesario sumergirse en los abismos de la heroína para encontrar ejemplos del irresistible encanto de lo prohibido. Quim Monzó abordaba en un artículo (“Cafeína en Escandinavia”, en *La Vanguardia Magazine*, 5 de marzo de 2000) el curioso caso de la cafeína farmacéutica, de venta restringida en Noruega y de libre adquisición en Suecia. Mientras los jóvenes suecos tomaban el café en infusión, como suele ser habitual, sus coetáneos noruegos peregrinaban en masa al país vecino para adquirir comprimidos de cafeína, droga que consumían a mansalva durante los fines de semana. Monzó citaba el caso de una farmacia sueca cercana a la frontera que, gracias a este furor, había llegado a vender 57.000 pastillas (¡cada mes!) a los descendientes de los vikingos. A todo esto, los adictólogos noruegos clamaban contra el “flagelo” cafeínico en términos no muy alejados de los utilizados por



Vecellio Tiziano. Adán y Eva, 1550.

nuestros expertos en la materia para alertar sobre tal o cual estupefaciente. Por su parte, J.F. Gamella daba cuenta en un trabajo de investigación (*A Brief History of Cannabis Policies in Spain (1968-2003)* - *The Journal of Drug Issues*, Juan F. Gamella, Luisa J. Rodrigo) del único período de nuestra historia reciente en el que habría descendido apreciablemente el consumo de cannabis en España. No es casual que este descenso se diera a mediados de los años ochenta, coincidiendo con la breve primavera legislativa que, desde 1983 hasta 1989, convirtió a nuestro país en uno de los más tolerantes del mundo, si no el que más, en cuanto a la penalización del tráfico y el consumo de sustancias prohibidas. Los aficionados a culpar a la izquierda de la expansión del uso de drogas en España harán bien en tener en cuenta que, por ejemplo, entre 1999 y 2005 (durante la segunda legisla-

tura del azarato) se triplicó entre nosotros el número de consumidores diarios de cannabis (de 200.000 a 600.000).

Cuando los paladines de la cruzada antinarcóticos amenazan con aumentos exponenciales de los consumos en caso de que se levantara el tabú, conjetura que no está basada en estudios o investigaciones de ningún tipo, no parecen tomar en cuenta los enormes incrementos que se han producido bajo la égida prohibicionista, como si éstos no fueran el resultado de las políticas que ellos mismos propugnan. Si se dice de los adictos que se autoengañan y mienten, que se niegan a asumir sus responsabilidades, que minimizan sus problemas y viven en un mundo de ilusión, tendremos que admitir que la adicción más grave y de más difícil abandono es la que sufren quienes, paradójicamente, pretenden rehabilitar a los demás. ☺

No tiene nada de extraño que la ortodoxia drogófoba evite cualquier indagación sobre los efectos adversos de la prohibición y que se centre obsesivamente en las sustancias diabólicas

	1998	2003
PARA DIVERTIRSE Y PASARLO BIEN	53,1	59,2
POR CURIOSIDAD Y DESEO DE NUEVAS SENSACIONES	47,3	48,2
POR MODA Y PORQUE LO HACEN AMIGOS Y COMPAÑEROS	43,7	46,6
POR GUSTO DE HACER LO PROHIBIDO	32,9	37,9
SIMPLEMENTE POR GUSTO	19,5	22,4
POR SENTIRSE A DISGUSTO EN UNA SOCIEDAD INJUSTA	13,2	13,3
POR SENTIRSE INSEGURO	12,8	12,8
PARA CALMAR LOS NERVIOS	5,5	12,3
POR PROBLEMAS EN LA FAMILIA	20,3	10,4
POR DIFICULTADES EN EL TRABAJO	15,3	6,5
NS/NC	3,2	4,1
TOTAL	1.700	1.700

	Opiáceos	Cocaína	Cannabis
1998	12,9 millones	13,4 millones	147,4 millones
2008	17,35 millones	17 millones	160 millones
% de incremento	34,5%	27%	8,5%

Carlos Martínez Rentería

Crónica de pulque, drogas y prohibición

Mi primer contacto con los organizadores de la III Conferencia Latinoamericana y la I Conferencia Mexicana sobre Políticas de Drogas, celebradas en la ciudad de México los días 13 y 14 de septiembre, ocurrió un mes antes cuando los invité a conocer la pulquería Los Insurgentes, con la intención de convencerlos para que en este lugar se celebrara la fiesta de clausura de las conferencias. Después de tomarse unos curados de granada y avena (el pulque, la bebida alcohólica más antigua de México, se puede mezclar con todo tipo de frutas y legumbres), tanto Jorge Hernández Tinajero –presidente del Colectivo por una Política Integral hacia las Drogas, CUIPHD– como el argentino Pablo Cymerman –coordinador del comité organizador de las conferencias– estuvieron de acuerdo en llevar a bailar ahí al centenar de participantes convocados para la mencionada conferencia. Durante los días previos al evento, de manera insistente el Gobierno mexicano estuvo transmitiendo a través de todos los medios de comunicación su reiterada y necia postura en contra de la despenalización de las drogas, también se anunciaron con gran despliegue el arresto de capos del narco, decomisos de armas, quema de toneladas y más toneladas de marihuana (¡qué desperdicio!). Todo pareciera indicar que ante la ya anunciada presencia de decenas de especialistas extranjeros que apuestan por otras alternativas ante el fracaso de las políticas prohibicionistas del presidente Felipe Calderón, era necesario fortalecer un cerco informativo para opacar los posibles impactos de las conferencias que se desarrollarían justo un día antes de la celebración patriótica más importante del país, el 15 de septiembre, Día de la Independencia. Sin embargo, de manera paradójica, las políticas prohibicionistas de nuestro Gobierno representan la postura menos independiente ante los lineamientos que impone su contraparte norteamericana.



Julio Glockner, Bia Labate y Carlos Martínez Rentería

Un par de semanas antes de la conferencia, se comunicó conmigo Jorge Hernández Tinajero para invitarme a moderar una de las mesas, intitulada “Drogas, identidades y cosmogonías”. Me comentó que en esa mesa participarían expertos en las llamadas “sustancias enteógenas”, plantas tradicionales utilizadas en rituales religiosos, con poderes medicinales y alucinógenos, por lo que mi presencia como moderador resultaría un contrapeso considerando quizá mi fama de “blasfemo” y degustador de otro tipo de sustancias menos espirituosas. Acepté gustoso, pues más allá de aficiones personales, soy un activista convencido de la necesaria y urgente despenalización de toda sustancia prohibida, considerando los matices que implica el tratamiento de cada una de ellas.

Un día antes de la inauguración, se organizaron diversas actividades paralelas, como un curso de periodismo especializado en el tema de la cultura de las drogas y la exhibición de un muy buen documental, *Cocaine unwrapped*, en el que se registra de manera cruda y valiente el panorama tan devastador que se vive en varios países latinoamericanos a causa de la prohibición de la hoja de coca y el tráfico ilegal de cocaína, así como los avances que al respecto se han logrado en países como Bolivia y Ecuador. La directora de este trabajo es la inglesa Rachel Seifert, que además de inteligente fue una de las presencias más bellas de la conferencia. Debe reconocerse la muy profesional organización de estas

conferencias, celebradas en un amplio salón de un conocido hotel del sur de la ciudad. Bajo el lema “Hablando claro sobre drogas con acento latinoamericano”, se imprimieron atractivos programas, separadores, señalizaciones y demás papelería. Durante los dos días se realizaron maratónicas sesiones desde las nueve de la mañana hasta las ocho de la noche, y se abordaron muy diversos temas que a continuación mencionaremos.

La sesión inaugural se celebró ante un nutrido auditorio con cerca de 300 personas y dos ausencias significativas pero previsible: el ex secretario de Salud de México, José Ángel Córdova Villalobos, y el también ex secretario técnico del Gabinete de Seguridad Nacional y vocero de la Estrategia Nacional de Seguridad de México, Alejandro Poiré Romero; lo significativo de ambas ausencias es que tan sólo unos días antes estos funcionarios fueron removidos de sus puestos (sería muy exagerado decir que los corrieron por haber aceptado asistir a la conferencia) por motivos propios de la caprichosa política mexicana.

Quienes sí estuvieron en la inauguración de los trabajos de las conferencias fueron: Jorge Hernández Tinajero, presidente de CUIPHD; Philippe Lamy, representante de la Organización Mundial de la Salud; César Núñez, de UNOSIDA; Carlos Tena Tamayo, de la Comisión Nacional Contra las Adicciones de México, y Graciela Touzé, presidenta de Intercambios Asociación Civil, fundación organizadora de las conferencias. El tono

Las políticas prohibicionistas de nuestro Gobierno representan la postura menos independiente ante los lineamientos que impone su contraparte norteamericana.

Jordi
Cebrián

Releyendo a Szasz en el aniversario de la prohibición

En este poco celebrado aniversario de la guerra contra las drogas, recordar a Thomas Stephen Szasz no es sólo pertinente, sino necesario. Psiquiatra, pensador, filósofo, no sólo ha sido durante todos estos años una de las voces que con más fuerza han clamado por el fin de la prohibición y por los derechos de los consumidores de drogas, sino que es además el filósofo que mejor ha sabido leer el subtexto de la prohibición, ver las necesidades morales y sociales que justifican y mantienen este experimento social fallido. Sirvan estas líneas, pues, como homenaje a un brillante pensador, y como estímulo para que quienes no conozcan su obra se acerquen a ella.

Los textos de Szasz cautivan y atrapan, ante todo, por la vital y encendida defensa de la libertad y el individuo frente a colectivismos, autoritarismos y paternalismos. Pero resultan además de una luminosidad especial; esa luz que permite ver más allá del escenario que se nos presenta ante nuestros ojos, y contemplar las bambalinas, los intereses ocultos, las realidades que subyacen bajo las apariencias. La fuerza de sus ideas, lo elemental e impactante de muchas de sus verdades, junto con una particular brillantez para condensarlas, son lo que le convierten, además, en un maestro de los aforismos, en los que no es ajeno el humor. No en vano Szasz declara: "Cuando alguien deja de reirse de sí mismo ha llegado el momento de que otros se rían de él".

Thomas S. Szasz siempre ha sido consciente de que sus ideas suscitarían un rechazo mayoritario: "Supe desde temprana edad que estar equivocado puede resultar peligroso, pero que tener razón, cuando la mayoría acepta una mentira como verdad, puede resultar fatal. Y esto es especialmente cierto cuando se trata de falsas verdades que forman parte esencial del sistema de creencias social." Pero esto nunca le ha hecho rehuir la polémica sino que ha defendido sus posiciones con enorme pasión intelectual, que mantiene aún hoy, a los noventa años, y sin dejar de producir artículos y ensayos que siguen resultando provocadores.

Su ataque a la prohibición de las drogas, constante en su obra, se fundamenta en el valor esencial que asigna a la libertad individual. La prohibición ha sido atacada a menudo desde un punto de vista pragmático: no funciona, es contraproducente y genera peligros desconocidos sin ella. Pero Szasz va más allá, y reivindica el derecho básico de cada individuo a disponer como quiera de las drogas. El hecho de que drogarse sea un derecho, explica Szasz, como lo debería ser el de suicidarse, no implica que estas acciones sean deseables, o ni tan sólo moralmente aceptables. Sólo implica que nadie tiene dere-



cho a tomar ciertas decisiones por nosotros. En este argumento radica el germen tanto del prohibicionismo como de su antítesis: se trata de primar al individuo frente al colectivo, o al revés. Este posicionamiento ideológico es el que le ha llevado a enfrentarse, con la misma fuerza, con quienes pretenden despenalizar el problema de las drogas sólo para medicalizarlo. Szasz no considera que los usuarios de drogas deban ser considerados enfermos, y por supuesto no acepta que su consumo pueda implicar atenuantes legales. Por eso se opone a quienes quieren sustituir la cárcel por el hospital y a los policías por los médicos. Escribe Szasz: "La guerra contra las drogas, entre otras cosas, trata sobre 'qué les contamos a los niños de la vida'. Los prohibicionistas les cuentan un conjunto de mentiras, por ejemplo,

"La permisividad es el principio que consiste en tratar a los niños como si fueran adultos, y la táctica para asegurarse de que nunca lleguen a serlo."

que la marihuana es peligrosa y el Ritalin no lo es. Los medicalizadores del uso de drogas les cuentan otro conjunto de mentiras; por ejemplo, que usar drogas ilegales



Thomas Szasz.

es una enfermedad como la diabetes, y que ser encerrado por psiquiatras para ser tratado es el equivalente a inyectarse uno mismo insulina. ¿No hay nadie a favor de contarles simplemente la verdad?"

Otro de los puntos clave en el pensamiento de Szasz, y esencial también para entender el prohibicionismo, es la importancia que da a la lucha por el lenguaje como método de control ideológico. No en vano Szasz proclama que George Orwell es uno de sus autores favoritos. Lo que en 1984 aparece esbozado con brillantez, el uso del lenguaje como elemento de control, Szasz lo aplica al análisis de la realidad. Szasz nos explica la importancia de ganar la batalla del lenguaje: "En el reino animal se trata de devorar o ser devorado, entre los humanos, se trata de definir o ser definido." Quien consigue imponer sus definiciones a las situaciones tiene asegurada la victoria moral y física. Por el contrario, el que ha resultado definido en la contienda tiene todas las de perder, incluso su libertad, y hasta su vida. Dice Szasz: "Los hombres no son castigados o premiados por sus actos, sino por cómo se definen sus actos. Por esto los hombres están más interesados en justificarse a sí mismos que en comportarse mejor".

La etiqueta como medio de control social es un concepto clave para entender

una de las ideas conductoras de toda su obra: que la enfermedad mental no existe, sino que se trata de una clasificación usada para ejercer poder sobre aquellos a quien se clasifica. Su primer libro, La fabricación de la locura, ya le supuso la oposición de todos sus colegas psiquiatras, y en él describe el proceso social de medicalización de los comportamientos indeseados, que culmina en calificar como locos a aquellas personas sobre las que quiere ejercerse el control, para después forzarlas a recibir tratamiento por un mal inexistente. La comparación entre la psiquiatría forzada y la caza de brujas de la Inquisición es constante en su obra, y queda resumida a la perfección en uno de sus potentes aforismos: "La Inquisición es a la herejía, lo que la psiquiatría es a la enfermedad mental". En esta frase aparecen algunos conceptos clave de su pensamiento: ni la enfermedad mental ni la herejía constituyen realidades físicas, sino construcciones ideológicas utilizadas como coartada para oprimir a los catalogados, ya como locos ya como herejes. Con su habitual sentido del humor, Szasz lo expresa en estos términos: "Si los primeros colonos europeos en Norteamérica hubieran llamado a los nativos 'americanos' en vez de 'indios', aquellos primeros americanos no hubieran podido decir aquello de que 'el único indio bueno es el

indio muerto', y no hubiera resultado tan fácil privarles de sus tierras y de sus vidas. Robarle a la gente sus auténticos nombres es a menudo el primer paso para robarles sus propiedades, su libertad y sus vidas".

Partiendo de estas ideas, se opuso desde el principio al tratamiento psiquiátrico forzado, así como a la utilización de la enfermedad mental como recurso para no ser responsable legal de un delito. Su respeto hacia el individuo y su libertad va paralelo a la exigencia de responsabilidad por los propios actos. Szasz desenmascara aquí otra clave con la que interpretar muchos fenómenos contemporáneos: la infantilización de la sociedad: "La adultez es un periodo cada vez más estrecho entre la infancia y la vejez. Aparentemente, el objetivo de las modernas sociedades industriales es el de reducir este segmento al mínimo." Para Szasz, la educación en la libertad va asociada a la educación en responsabilidad, y denuncia que quienes buscan declarar a la persona no responsable de sus actos lo hacen siempre para poder ser ellos quienes los controlen. Por eso tampoco cree en la permisividad en la educación: "La permisividad es el principio que consiste en tratar a los niños como si fueran adultos, y la táctica para asegurarse de que nunca lleguen a serlo." El derecho a equivocarse es para Szasz esencial, y ve en la buena voluntad de quienes nos quieren proteger a la fuerza un intento de control e infantilización: "Un niño llega a adulto cuando se da cuenta de que tiene derecho no sólo a tener razón sino también a equivocarse."

En sus libros y ensayos Szasz nos advierte también contra la creciente medicalización de la sociedad, un proceso que consiste en clasificar como enfermedades comportamientos que se consideran socialmente indeseados o moralmente reprobables, ya sean la ludopatía, la adicción a las drogas o al sexo o la sobrealimentación. Una medicalización que convierte los problemas o desazones propios de la vida en enfermedades que deben ser tratadas, y que usará los prejuicios y sistemas de creencias sociales para determinar qué es normal y qué es insano: "Si tú le hablas a Dios dirán que estás rezando, pero si Dios te habla a ti, dirán que padece esquizofrenia."

Una de las virtudes de la obra de Szasz es la de mostrarnos precisamente la fuerza que tiene, nada más y nada menos, llamar a las cosas por su nombre. El propio Szasz simplifica así su mérito: "No he hecho ningún descubrimiento científico, sólo estoy diciendo que si eres blanco y no te gustan los negros, o eres negro y no te gustan los blancos, eso no es una enfermedad, es un prejuicio. Que si tú estás en un edificio del que no se te permite salir, eso no es un hospital, es una cárcel. No me importa cuánta gente califique el racismo de enfermedad o a la hospitalización mental forzada, de tratamiento." Pero, por supuesto, el mérito de Szasz no es sólo el de mostrarnos la fuerza de devolver el auténtico nombre a las cosas, sino que para hacérselo evidente realiza

una ingente labor historiográfica. Éste es otro de los elementos clave que debemos a Szasz quienes defendemos la liberalización de las drogas: haber entendido que el conocimiento de la historia no sólo es útil para comprender la realidad presente, sino que resulta imprescindible. Sólo viendo cómo evolucionan las ideas, o cómo los mismos comportamientos sociales aparecen una y otra vez con diferentes nombres y justificaciones, llegamos a entender las fuerzas generales que mueven los casos particulares. La importancia de la historiografía de las drogas como elemento de militancia antiprohibicionista fue claramente captada y brillantemente ejecutada por Escotado, declarado admirador de Szasz y traductor al español de algunas de sus obras, en su magna Historia general de las drogas; y también los trabajos de Juan Carlos Usó, después, son un ejemplo de ese recuerdo de la historia como arma de militancia.

Evidentemente, Szasz ha recibido todo tipo de críticas por parte de sus detractores, especialmente dentro de la farmacracia dominante. Una de las más recurrentes acusaciones ha consistido en tacharlo de derechista. Pero, una vez más, Szasz resuelve el dilema con un aforismo cortante como el hielo: "No se trata de derechos o de izquierdas, sino de estar a favor de la libertad y el individuo, o del colectivismo". Es, en efecto, de la tradición liberal de la que Thomas S. Szasz se muestra orgulloso heredero. Preguntado por sus autores preferidos, se refiere a Hayek, a Stuart Mill, a Adam Smith, a Von Mises, a Lord Acton, a Camus... La libertad individual, el respeto al individuo, la desconfianza hacia los paternalismos bienintencionados, la creencia en que cada acción puede tener consecuencias imprevistas e indeseadas al margen de las intenciones originales cuando se aplica en la sociedad. Ésos son los pilares liberales sobre los que se sienta el pensamiento de Szasz.

Una de las críticas más fundamentadas a las ideas de Szasz es la que se apoya en las crecientes evidencias de que no puede hablarse en rigor de un cuerpo y un alma como entidades separadas, y que los procesos mentales están sometidos a los mismos condicionantes anatómicos o químicos que las enfermedades físicas. Desde este punto de vista, la enfermedad mental no sólo no sería un mito, como propugnaba Szasz, sino que sería, obviamente, tan física y concreta como la gripe. Pero el peligro del que alerta Szasz se mantiene intacto: aunque puedan existir, por ejemplo, diferencias cerebrales entre un homosexual y un heterosexual, tachar al primero de enfermo y al segundo de normal es un método de catalogación social y político, no el resultado de una diagnosis médica.

Szasz es, en definitiva, un filósofo de la libertad, un librepensador enfrentado a los mitos y prejuicios mayoritarios, alguien que ejerce lo que proclama: "Pensar con claridad requiere más de coraje que de inteligencia".

de las participaciones siempre fue institucional pero con un muy alentador tono de apertura ante las posibilidades reales de cambiar las estrategias prohibicionistas por dinámicas más humanistas y tolerantes ante el problema de las drogas.

Los temas de las siete mesas programadas fueron: "Consecuencias de la guerra contra las drogas", "Las perspectivas de los organismos intergubernamentales", "Drogas, identidades y cosmogonías", "El impacto de las estrategias de reducción de la oferta en la disponibilidad de drogas ilícitas y en la violencia", "Drogas, seguridad y derechos humanos", "Respuestas sociosanitarias: experiencias y desafíos" y "Latinoamérica en el contexto internacional". También se incluyó en el programa la ceremonia de entrega del Premio Latinoamericano de Periodismo sobre Drogas y la presentación del libro *América Latina debate sobre drogas. I y II Conferencias Latinoamericanas sobre Políticas de Drogas*.

Entre los participantes había legisladores de distintos países, académicos, funcionarios, investigadores, periodistas e intelectuales, sin faltar chamanes y simples consumidores; había representantes de Argentina, Ecuador, Colombia, Bolivia, Uruguay, Brasil, Perú, Estados Unidos, Portugal, Vietnam y desde luego México, entre otros.

Pero además de los conferencistas invitados, pudimos conversar con varios estudiosos y profesionales del tema de drogas que realizan interesantes proyectos de investigación y editoriales, como es el caso del coordinador general de la revista *Cañamo*, de Chile, el buen Claudio Venegas Rojas, así como el editor Alejandro A. Sierra, de la revista argentina *THC*, dos publicaciones en verdad muy bien editadas y con colaboraciones de primera (hay que reconocer que en México no contamos aún con una revista profesional dedicada al tema de las drogas); por ejemplo, en la revista *THC* colabora el legendario escritor underground Enrique Syms.

Lo apretado del programa de las conferencias no permitió continuar el debate en algunos temas que particularmente despertaron un gran interés entre el público asistente, como fue el caso de la mesa "Drogas, seguridad y derechos humanos", en la que participaron Álvaro Henry Campos Solórzano, viceministro de Justicia y Seguridad Pública de El Salvador; Luis González Placencia, presidente de la Comisión de Derechos Humanos de la



Mary Ann Eddwes, J. Glockner, C. Martínez, Bia Labate y Epifanio Alonso. Representantes de la mesa que debatió sobre "Drogas, identidades y cosmogonías".



A la izquierda Leopoldo "Polo" Ribera, presidente de AMECA (Asociación Mexicana de Estudios del Cannabis), junto a Pablo Cymerman y unos amigos.

capital mexicana, y Robson Rodrigues Da Silva, comandante de la Unidad de la Policía Pacificadora de Río de Janeiro, Brasil.

En lo que respecta a la mesa que me tocó moderar, "Drogas, identidades y cosmogonías", tendré que decir que despertó mucho interés, y prueba de ello es que llegaron más de veinte comentarios para cada uno de los cuatro ponentes. De hecho, sólo se pudieron responder la mitad de las preguntas ante las limitaciones de tiempo; en esta mesa estuvieron Mary Ann Eddwes, directora de la Asociación Peruana de la Hoja de Coca; Bia Labate, investigadora en la Universidad de Heidelberg y especialista en la ancestral planta de ayahuasca; Epifanio Alonso, mayor de la congregación Misioneros del Temporal, de México, y también de este alucinante país es el antropólogo Julio Glockner, de la Universidad Autónoma de Puebla y uno de los más lúcidos investigadores en torno a las llamadas "plantas enteógenas", además de amigo entrañable. Mary Ann fue muy cuestionada por sus exagerados testimonios en torno a las virtudes curativas de plantas como la ayahuasca y la hoja de coca, que según su experiencia prácticamente lo curan todo. Lo mejor lo dijo la lúcida investigadora brasileña Bia Caiuby Labate, quien advirtió como conclusión simbólica que no es posible quedarnos con posturas maniqueas de si los consumidores de sustancias naturales son mejores personas que los que se meten drogas de diseño, así como puede haber un chamán charlatán y mala onda, puede haber un consumidor de cocaína que sea un ser brillante (no lo digo por mí, claro), o viceversa.

En verdad hay que celebrar que, en un país agobiado por la irresponsabilidad gubernamental de seguir patrocinando esta sangrienta guerra contra las drogas, ocurran esfuerzos independientes como este encuentro de imaginación, inteligencia e información certera.

La fiesta en la pulquería Los Insurgentes fue un éxito. Se bailó hasta el amanecer (el mejor bailarín fue Pablo Cymerman), y desde luego fue en la fiesta en donde se llegó a las más lúcidas conclusiones. Claro, yo bailé brevemente con la bella Rachel.

Después de constatar este tipo de esfuerzos, podemos decir que la guerra contra las drogas va llegando a su fin. ¡Vivan las drogas libres!

Para Polo Ribera, generoso impulsor de la despenalización de la marihuana en México

Moncho Alpuente

Necesitábamos en casa dos litros de leche fresca, entera y verdadera, recién ordeñada, para elaborar un dulce artesano y tradicional cuya receta, perdida en la noche de los tiempos, había recuperado mi mujer de un viejo libro de cocina. A primera vista la tarea no ofrecía muchas dificultades; vivimos en una pequeña ciudad castellana rodeada de vacas por todas partes de la que hace tiempo desaparecieron las vaquerías y las lecherías, la leche se compra en supermercados y grandes superficies, homologada, certificada, centralizada y libre de miasmas contaminantes. Hay más leche que nunca, entera, desnatada, semidesnatada, con calcio añadido, con vitaminas, omegas y lactobacilos. Pero leche, leche, lo que se dice, o se decía, leche sin adjetivos ni aditivos, de esa no hay, pues se trata de un producto sanitariamente peligroso en su estado natural, que necesita ser filtrado por toda clase de intermediarios desde que sale de la ubre de la vaca para garantizar su inocuidad y, sobre todo, para garantizar el negocio de las grandes centrales lácteas y sus redes, que cada vez pagan menos a los pequeños productores y cada día cobran más a los consumidores.

Necesitábamos dos litros de leche clandestina, de leche negra, escamoteada del flujo del mercado, libre de impuestos, de conservantes y de aditivos. Preguntamos a un amigo que vive en un pueblo ganadero en el que existen varias explotaciones lecheras. No era tan fácil. Últimamente se habían producido varias denuncias por pequeñas ventas ilegales, vecinos envidiosos enredados en viejas rencillas que afloraban periódicamente y con los más variados motivos: pequeñas construcciones o reformas ilegales, cuestiones de lindes, caza furtiva o tráfico de leche, verduras y hortalizas. "Sitio pequeño, infierno grande", sentenciaba a menudo nuestro amigo, que hace dos años renunció a su mínima y doméstica plantación de marihuana arrancando las plantas 24 horas antes de que le Guardia Civil se presentara en su huerta, avisada por un vecino al que su padre, el de nuestro amigo, había denunciado meses antes por unos destrozos ocasionados en su finca por su perro, el del vecino.

"No os prometo nada pero algo se podrá hacer", se despidió nuestro colega, y una semana después nos pasó el contacto con una detallada lista de instrucciones: a las 18.30 del próximo viernes, al fondo de la barra del bar Jenaro, en la plaza Mayor del

pueblo, junto a la máquina de tabaco estaría nuestro hombre, al que reconoceríamos porque llevaría calada la boina y portaría una garrota nudosa y con una cinta roja. Era importante que cuando entráramos en el bar lo hiciéramos con las manos vacías, sin bolsa, botellas o recipientes que pudieran delatar nuestras intenciones. Yo me acercaría a comprar cigarrillos y el lactotraficante me daría instrucciones: "No mire hacia aquí ahora. Dentro de cinco minutos saldré por esa puerta, esperen otros cinco y vayan a por el recipiente, luego sigan por la calle que está a la derecha de la iglesia, yo estaré en la esquina, siganme de lejos y me verán entrar en una nave que tiene un portalón verde, esperen otros cinco minutos y vengán por la puerta de atrás, traigan el dinero preparado.

Necesitábamos dos litros de leche clandestina, de leche negra, escamoteada del flujo del mercado, libre de impuestos, de conservantes y de aditivos

Treinta minutos y veinte euros después dejábamos el pueblo con nuestra preciosa carga. Hubo un momento de tensión en un control de la Guardia Civil pero se limitaron al test de alcoholemia y no descubrieron el alijo. El postre resultó ser un éxito, pero mi mujer no ha vuelto a prepararlo porque es un plato de alta dificultad y alto riesgo, y además carísimo. Mientras lo gustaba pensé en la fábula de *Caperucita y el lobo policía*, que había escrito y publicado unos años antes: el lobo policía interceptaba a Caperucita cuando le llevaba la merienda a la abuelita, se la confiscaba y le imponía diversas multas. Ni el dulce casero ni la botella de leche llevaban impresa la fecha de caducidad, no aparecían los ingredientes del pastel, el pan no estaba correctamente envuelto y el

El síndrome de Caperucita



ILUSTRACIÓN: ABARROTS

El 60% de los ingresos de los cárteles mexicanos proviene de la venta en Estados Unidos, un sustancioso negocio en las dos orillas de Río Grande

una enfermedad. Todo lo que hacen, lo que nos hacen, lo hacen por nuestro bien, y ante tal exceso de bondad estatal no caben ni la disidencia ni la rebeldía. Habría que estar loco para rebelarse contra el bien común. Los ciudadanos soviéticos vivían bajo Stalin en pleno paraíso del proletariado y los que se negaban a verlo, vivirlo y aceptarlo estaban locos, de atar y de encerrar, por cuestiones médicas, que no políticas.

En Occidente, las cosas se hacían de otra manera. Tras el costoso ensayo de la "ley seca" en Estados Unidos, las políticas sobre drogas fueron endureciéndose, la marihuana generó un sustancioso mercado negro que no convenía tocar. Hace unos días, el presidente Obama rechazó por enésima vez una petición popular sus-

crita por 151.400 personas para legalizar la marihuana; entre los beneficios económicos, políticos y sanitarios que la medida podría aportar, destaca el fin del narcotráfico en la frontera mexicana. En el 2010, las autoridades norteamericanas se incautaron de 1,8 millones de kilos de marihuana, 1,5 habían pasado por la frontera de México. El 60% de los ingresos de los cárteles mexicanos proviene de la venta en Estados Unidos, un sustancioso negocio en las dos orillas de Río Grande.

La excepción se llama California, donde funcionan 2.100 dispensarios que distribuyen marihuana medicinal, más que establecimientos de McDonald's o Starbucks, pero el fiscal del distrito está dispuesto a terminar con tanta permisividad "porque muchos de esos dispensarios

¿Qué beneficios ha obtenido la humanidad con la prohibición de las drogas

Iván Carrasco Montesinos

Eran los tiempos gloriosos en que ninguna droga estaba todavía prohibida (1920), pues la única diferencia que existe entre una droga y un remedio es la dosis. Cualquiera sabe que no es lo mismo una aspirina que una caja entera, ni una cucharada de Romilar que medio frasco. Este principio de la farmacopea europea fue formulado por Paracelso hace ya 500 años. Desde entonces se desarrolló una notable investigación sobre las drogas naturales, que se volvieron imprescindibles en miles de remedios, que como mucho tenían el efecto secundario de colocar; sin embargo, jamás llegaron a provocar las secuelas que los efectos secundarios de los remedios modernos han dejado en miles de personas, desde la talidomida hasta las dioxinas. No obstante, el puritanismo, los intereses creados y la maldad han hecho caso omiso de estos hechos, como si tuviesen un pacto con los que intentan adueñarse de la salud y venderlos sólo sus productos, y encima convertidos en ejemplares y milagrosas pócimas que todo lo curan. Estos laboratorios multimillonarios han logrado interferir el curso natural de la farmacopea con los desastrosos resultados que hoy todos conocemos. Gracias a ellos, y la connivencia política, la salud se ha convertido en otro negocio del capitalismo feroz, ese que ahora padecemos en carne propia. Parece que ciertas actividades de gran envergadura económica tienen patente de corso y están fuera de cualquier control administrativo, incluso si arruinan a cientos de miles de personas.

Pero volviendo a la cita que encabeza este artículo, se desprende que, pese a los frascos enteros de éter que la institutriz de



La portera, alarmada, me puso inmediatamente la máscara y, sonriendo al olor del éter, ese olor del que mi querida Miss Matthews, mi institutriz inglesa, se emborrachaba con frascos enteros, me adormecí.

Elisabeth Gille, biografía de Irène Némirovsky

la malograda Irène Némirovsky se tomaba, ésta no dejaba de ejercer eficazmente su labor de institutriz, tanto que sentó las bases técnicas dentro de la pequeña Irène para que luego fuese la gran escritora que luego fue, pese a su infame y prematura muerte. Es un claro ejemplo que rebate el presupuesto de que una persona que se droga es incapaz de cumplir con su cometido, una de las bases de la dichosa prohibición, que en este año cumple sus cincuenta estériles y nefastos años. La historia está llena de ilustres drogadictos, algo que los prohibicionistas olvidan en su pretensión de que lo suyo es un intento de mejorar a la humanidad a la fuerza quitándonos las drogas, cuando en realidad tal vez sean las drogas las que nos ayudan a superarnos. De ahí que hayan existido tantos ilustres drogatas a lo largo de la historia. También lo demostraron los hippies con sus loables ideales, simples, sí, pero fueron capaces de parar una guerra y poner las bases de muchos movimientos progresistas que hoy en día se desarrollan como vanguardias del ecologismo e incluso de la tecnología, lo que les costó que les cayese la draconiana prohibición. Pues Mr. Nixon y compañía, incluida la mafiosa que se codeaba con el defenestrado expresidente de Estados Unidos, mandaban en ese

entonces y se asustaron mogollón al contemplar los desmanes de la juventud, que era capaz de organizar festivales como el de Woodstock. Allí, medio millón de personas se reunieron durante tres días en precarias condiciones nada más que para escuchar música, y darle a la marihuana y al ácido, y no pasó nada: ni una pelea, ni una ofensa, ni un altercado. Era intolerable tanto pacifismo, había que echarles todas las fuerzas del orden para que aprendan a comportarse como ciudadanos ejemplares y se destrocen entre sí. Sin más afirmaron que la marihuana transformaba a los jóvenes en malos americanos, en traidores y en antipatriotas, como si el patriotismo no fuese el ejemplo más claro de la estupidez humana, lo dejó dicho el Dr. Johnson, uno de los lúcidos padres de la Constitución estadounidense.

Sirva esta introducción para demostrar que la maldad intrínseca de las drogas es una falacia ruin inventada por esos nefastos personajes que promocionaron la maldita prohibición. Y es maldita porque después de cincuenta años de dicha prohibición la degradación de la sociedad ha adquirido tonos, por decirlo con suavidad, alarmantes. La guerra contra las drogas sólo ha generado más violencia y más corrupción. Las mafias, los famosos cárteles de la

droga, se han vuelto todopoderosos gracias al tráfico ilícito y, hoy en día, pueden comprar países enteros y enfrentarse a ejércitos profesionales. Colombia, México, y no se diga Guatemala, que ahora está en el punto de mira de los implacables narcos, que se la comerán entera de dos bocados, sufren los efectos colaterales del sinsentido prohibicionista: una guerra interminable en la que por cada narco caído hay cientos de reclutas que están prestos para sustituirlo, y que enseguida ganarán mucho más que el soldadito profesional reclutado a la fuerza; a la fuerza de la ley, pero a la fuerza. Tienen tanta plata que a cualquier general le pueden pagar diez veces más que el Estado, y no se diga a polis del tres al cuarto, esos que llenan las páginas de sucesos en los diarios junto a guardias de aduanas que se han dejado tentar por el oro blanco. Es tal su poder que han convertido a varios países en los que la vida discurría plácidamente en Estados Fallidos en los que el orden lo impone la mafia; a tiros, por supuesto.

Es triste si no patético ver a esos entrañables países transformados en campo de batalla de esa guerra inventada por el imperio para estigmatizar a ciertos países y a ciertas personas. A mí mismo y a muchos más, hace ya cuarenta y pico de años, de la noche

a la mañana nos convirtieron en delincuentes, y sin siquiera delinquir: ja la puta cárcel por un petal, y aún hoy en día se continúan llenando las cárceles, que reventan, de inocentes drogatas que lo único que hacen es disfrutar de lo que la naturaleza benévola mente nos ha regalado. Aquí mismo, gracias a la prohibición, los polis que velan por nuestro bien, en vez de perseguir a carteristas y navajeros que afirman los medios de comunicación— infestan las calles de algunas ciudades españolas, disfrutan de una placentera rutina buscando plantaciones de marihuana para destruirlas con fruición, y en medio de un gran despliegue informático. Por fin salen en la foto. Entre tanto, otros delitos de verdad, esos de sangre y muerte, se han cometido con relativa facilidad. Arrancar plantas de marihuana apenas comporta riesgo alguno; en cambio, meterse en un fregado de verdad, sí.

Por un lado, se persigue a los consumidores y, por otro, se favorece a las mafias, que ganan millones de millones de forma fácil, comparado con otras actividades delictivas usuales. Con ese dinero instituyen la más demencial corrupción que ese dinero tan fácilmente ganado genera. Otros que viven de la droga son los prohibicionistas, pues también sacan su pasta gansa



son más bien supermercados de droga, donde se puede probar la mercancía sin acreditar enfermedad alguna". Y hasta ahí podíamos llegar: para ingresar en la comunidad de usuarios de marihuana medicinal hay que estar muy enfermo y al corriente de pago, sólo así resulta tolerable para el estado la existencia de drogadicciones con bula, sólo para moribundos.

El mercado legal ya puede satisfacer todas las drogadicciones con productos farmacéuticos, que es de lo que se trata. Crece vertiginosamente el uso de ansiolíticos y antidepresivos y medran más que nunca los laboratorios y las grandes empresas químicas con el apoyo entusiasta de sus cómplices de la Organización Mundial de la Salud, que tutela sus intereses y en cuyas filas figuran altos ejecutivos de las corporaciones farmacéuticas, en excedencia. El éxito de las campañas antitabaco –todo un paradigma de colaboración entre las autoridades sanitarias y los fabricantes de parches de nicotina y otros remedios– ha envalentonado a los prohibicionistas y creado el caldo de cultivo para la instauración de una auténtica Policía Sanitaria del Estado (PSE), un instrumento imprescindible en la lucha contra las drogas, el alcohol, el colesterol y el café, el azúcar, la sal, la obesidad y las grasas saturadas, la ludopatía y el feo e improductivo vicio de morderse las uñas. Una iniciativa como esta sólo acarrearía beneficios, crearía puestos de trabajo cualificados y se autofinanciaría gracias a la enorme variedad de multas y sanciones con que podría castigarse a los infractores. No hay que olvidar tampoco el impulso que experimentarían las nuevas tecnologías con la creación de nuevos sistemas de detección de enfermedades como el collarín sanitario del doctor Mengelet, en pleno proceso de patente. El artilugio inventado por el científico catalán, que propone su uso obligatorio para toda la población, reflejaría, con rutilantes cambios de color, el estado de salud de los usuarios facilitando su retirada de las vías públicas en caso de enfermedades graves o contagiosas, exceso de alcohol y nicotina en la sangre, drogas y otros indicadores. Por el momento y hasta que el aparato entre en funcionamiento, el doctor Mengelet propone la puesta en marcha de Unidades Móviles de Control de la Obesidad con un sistema de pesos y medidas que calcule los kilos sobrantes y dictamine las sanciones correspondientes, a tanto el kilo de grasa sobrante. Para los reincidentes habría penas de internamiento en clínicas privadas de ayuno y adelgazamiento. Se aceptan ideas. ☺

con sus fundaciones para erradicar la plaga, si no para perseguirla con saña inusitada pero carente de eficacia, salvo la de encarcelar inocentes y, lo repito, atiborrar las cárceles por nada. Me recuerdan a H. W. Wright, un fogoso prohibicionista de los años cincuenta que murió alcoholizado tras lograr que esas drogas extrañas sean prohibidas. Ésa es la esencia de la prohibición: el miedo a lo distinto, pues las drogas son consubstanciales a la naturaleza humana, pero unas son de nuestra civilización, como el alcohol, y las otras son peligrosísimas sustancias consumidas por pueblos salvajes, una manipulación burda que hereda la ceguera de la inquisición que perdura en medio del siglo de las luces y la tecnología, y no sólo la ceguera sino el gusto por la tortura, pues tirando del hilo inocente del consumidor se puede llegar al traficante. Y también pueden matarlo, pues siguiendo los dictámenes antidroga, en ciertos países en los que antes se consumía con tranquilidad, ahora se ejecuta a los traficantes; por supuesto, cualquiera que lleva algo puede ser un traficante.

Es querer matar moscas a cañonazos, un insulto a la razón y a la ciencia, tanto que, en la actualidad, al clamor por la legalización de las drogas se han unido voces de ilustres literatos que en sendos artículos denuncian la tontería, hasta ex-presidentes de gobierno que en su mandato también persiguieron con ahínco a los simples consumidores, que disque atentamos contra la salud pública, ridiculizaban a la salud pública, ridiculizaban a la salud pública, sobre todo viendo lo que está cayendo sobre el planeta. Encima, cinismo y recochineo.

La humanidad ha retrocedido siglos con estos patéticos hechos y no ha obtenido ningún beneficio de la dicha prohibición; todo lo contrario, es uno de los mayores fracasos de nuestra progresista era. Desperdiciar esfuerzos en una lucha inútil, y sabiéndolo de antemano. ☺

Antonio Escohotado

Epílogo de *Historia General de Drogas*, 8ª edición ilustrada
Espasa Calpe, Barcelona 2008

www.escohotado.org

A finales de los ochenta, una visita a la República Dominicana me familiarizó con la situación peculiar de países que ni son desarrollados ni destacan por subdesarrollo.² Entonces me sorprendió leer unas declaraciones del arzobispo de Santo Domingo lamentando "una clemencia excesiva" en asuntos de drogas, pues adjunta a ellas figuraba la noticia de que cierto individuo había sido condenado a veinte años por tener gramo y medio de cocaína. En diciembre del 2007, cuando volví al país, pude comprobar que la tónica no se había endurecido, aunque la arbitrariedad sigue campando por sus respetos. Una turista española distraída se dejó en el bolso la cantidad de marihuana que cabe en una caja de cerillas de fumador (no las de cocina o chimenea), y está pendiente de cumplir una sentencia a cinco años "por intentar salir del país con estupefacientes". No obstante, en la República Dominicana, dicha droga resulta casi exótica y lo habitual sigue siendo cocaína, que según el dicho popular "apura hasta el párroco".

Más ilustrativo fue un año sabático en el Sudeste Asiático, donde los países castigan el tráfico de drogas ilícitas con pena capital (salvo Singapur, que aplica prisión perpetua), y el derecho vigente supone ánimo de traficar cuando la posesión supere diez gramos de algún polvo o cien gramos de marihuana. Como he descrito ya las experiencias de ese año, me limito aquí a unas pinceladas. El pueblo bajo de toda la zona consume masivamente –casi siempre para trabajar– la llamada *iabba* o *ice*, que es dexanfetamina, y tanto la famosa heroína blanca como la muy abundante marihuana son productos destinados normalmente a estratos sociales superiores, turistas y exportación. El opio, su fármaco tradicional, se ha convertido en una rareza. Tailandia, el país menos subdesarrollado del área, retransmite en directo las ejecuciones de traficantes y correos, a menudo birmanos y laosianos, aunque también nacionales; en el 2000 hubo algo más de 2.000 ahorcados.

Esa guerra sin cuartel inspira un lógico terror al visitante, aunque lo prohibido es en realidad tan ubicuo que antes de pasar el primer día recibirá varias ofertas, y si no corta relaciones con el entorno en una semana de estancia habrá hecho contactos fiables para lo que guste. Por supuesto, nada descarta un enemigo personal o mala suerte, que cuestan prácticamente la vida, pero en un año de tratar a occidentales y autóctonos nadie me habló de algún conocido capturado comprando. En la antigua India, el rigor absoluto en materia de drogas coincide, como en países parejamente inflexibles de África e Hispanoamérica, con policías que cobran un sueldo simbólico complementado por gratificaciones irregulares en dinero o especie, cuyos registros suelen ser evitables sobornando.

Lo más imprevisible con mucho fue descubrir que tanto Tailandia como Vietnam eran sedes de periódicas y multitudinarias



Comunión musical.

raves. Las raves, cuya invención se disputan Londres e Ibiza, son reuniones al aire libre de personas que comparten MDMA o éxtasis en parajes idílicos, acompañadas por música ad hoc, desde primeras horas de la noche hasta primeras de la mañana. A mediados de los años noventa, dichas fiestas estílicas empezaron a cundir en Canadá, Brasil y Europa, desde donde saltaron a Australia, Bali y Goa. En agosto del 2000, cuando fijé mi domicilio en Koh Samui –una isla tailandesa situada sobre el golfo de Siam–, la isla contigua, Koh Phangan, celebraba todos los meses el plenilunio con millares de personas venidas de Occidente, Hong Kong, Singapur y Japón, a las cuales se añadían nativos (básicamente nativos jóvenes). En agosto del 2001, las existencias de MDMA eran suficientes para que esa rave ocurriese también con el pretexto de Luna nueva, creciente y menguante. El *Bangkok Times* había sugerido tiempo atrás que ese regalo turístico se apoyaba sobre traficantes de éxtasis pagados con heroína.

Los hitos del camino

En un mundo globalizado, las modas llegan tan rápidamente como se van, y la situación farmacológica del Sudeste Asiático bien podría haber sufrido modificaciones notables entre el 2000 y el 2008. Absorto hace tiempo en las relaciones de política y religión, al volver por un momento sobre el tema de las drogas –en realidad, una subvariante suya– veo hasta qué punto escribir

Veinte años después

no permite olvidar un objeto sin perderlo. Cuando la atención vuelve sobre él sigue allí, pero se ha convertido en recuerdo de un recuerdo y lo prolijo de su pormenor no abruma. ¿Qué subrayaría de aquella investigación y qué dejé en el tintero, condicionado por la inmediatez del entonces o los cambios surgidos con el paso del tiempo? Para empezar, la distancia me permite resumir drásticamente el desarrollo de la cruzada farmacológica.

Dicha iniciativa brota en una Norteamérica consciente de su futuro como superpotencia y aleccionada por la doctrina del Destino Manifiesto, que contempla una regeneración moral del propio país y el resto del mundo. Atendiendo a ese Destino, y mientras Europa se lanza a la Gran Guerra, en 1914, el Congreso aprueba un paquete legislativo que incluye: a) restringir la disposición de opio, morfina y cocaína a médicos y farmacéuticos; b) ilegalizar la producción y consumo de cualquier bebida alcohólica (salvo el vino de la misa); c) generalizar a toda la Unión lo impuesto ya en materia de tabaco por veintiocho estados, que era prohibir su empleo en cualquier lugar público. Instada por el Prohibition Party, entonces poderoso en el Senado, la reforma contó con el apoyo de dos entidades germinales –la Asociación Médica Americana y la Asociación Farmacéutica Americana–, incentivadas por el privilegio de seguir recetando y dispensando pequeñas cantidades de coñac o whisky con fines

terapéuticos, y sobre todo por asestar un golpe definitivo a toda suerte de competidores sin diploma (los "matasanos"). El diputado H.C. Hoover –que luego llegaría a presidente del país– definió la nueva normativa como "el mayor experimento moral de la historia".

Los productos controlados o prohibidos representaban una destacada fuente de ingresos fiscales, y considerando que la recaudación iba a contraerse al menos en una cuarta parte, el Congreso aprobó la Enmienda XVI, modificando la Constitución para que el Gobierno federal pudiese gravar la renta de personas físicas y jurídicas.

En Europa, las laxas medidas de control se apoyaban sobre resultados no insatisfactorios en la práctica, y las farmacias podían incluso dispensar drogas visionarias como la mescalina

La Prohibición es, pues, el origen del rpf norteamericano. Luego resultaría que la "ley seca" iba a derogarse en 1933, y que el tabaco pudo con sus detractores hasta topar de nuevo con ellos hacia finales del siglo recién terminado. Pero los tres productos de botica controlados se transformarían en docenas, después en centenas y por último en indefinidas sustancias con influjo sobre el ánimo, algunas controladas con receta y otras desterradas del vademécum. Ajeno al fondo del cambio, el gremio terapéutico siguió consumiendo y dispensando liberalmente morfina y cocaína hasta que en las consultas y farmacias aparecieron policías fingiendo ser adictos, o simples usuarios, y ya en 1921 unos 70.000 médicos, dentistas y farmacéuticos americanos habían estado o estaban en prisión por "conducta indebida". Será ese año cuando el *Journal* de la Asociación Médica Americana denuncie "una conspiración para privar a la medicina de sus derechos y responsabilidades tradicionales".

Con las nuevas medidas, Norteamérica se vio llevada a un cuadro complejo de consecuencias –contrabando, corrupción institucional, crimen organizado, desprecio por la ley, los primeros yonquis propiamente dichos–, pero es oportuno recordar que no arrastró al resto del mundo. Había una diferencia de espíritu, que se sopesa recordando la alocución del senador J. Volstead (*Vols-*

tead Act se llama la "ley seca") al entrar en vigor su proyecto: "Todos los hombres volverán a caminar erguidos, sonreirán todas las mujeres y reirán todos los niños; se cerraron para siempre las puertas del infierno". Europa y los demás continentes practicaban una política mucho menos ambiciosa, que andando el tiempo se conocerá como reducción de riesgos. Entre suponer que ciertas drogas estaban limitadas a usos médico-científicos y negar dichos usos, como proponían los cruzados norteamericanos, el estamento terapéutico del resto del mundo preferían lo primero.

Por otra parte, los progresos en química de síntesis iban convirtiendo en antiquilla el viejo arsenal para inducir ebriedades, y era sencillo sortear las restricciones impuestas al opio, la morfina y la cocaína consumiendo otras sustancias. Como en Norteamérica la morfina acabó siendo de vuelta sin demasiadas cortapisas al estamento médico, hasta allí se observa apaciguamiento cuando vender bebidas alcohólicas dejó de estar perseguido. Había una pléyade de analgésicos, sedantes, estimulantes y somníferos nuevos, que se vendían puros, baratos y sin receta en las farmacias, y muy pocos añoran la cocaína cuando tienen en la botica estimulantes más potentes, baratos y puros. Lo mismo puede decirse del opio y la morfina cuando están disponibles la heroína y algo después la Dolantina o el Palfium, a los cuales se añaden pronto las benzodiazepinas como tranquilizantes y somníferos.

Algunos recordarán el Optalidón, un remedio acogido con especial favor por amas de casa en todo el mundo desde los años cincuenta, cuyo secreto era combinar anfetamina y barbitúrico. En Europa, las laxas medidas de control se apoyaban sobre resultados no insatisfactorios en la práctica, y las farmacias podían incluso dispensar drogas visionarias como la mescalina. Eso sí, eran personas mayores e integradas quienes se servían de dichos productos, y no obraban de manera escandalosa. Pero cuando termina la segunda guerra mundial, una Norteamérica que es ya la superpotencia indiscutible vibra otra vez con el sentimiento del Destino Manifiesto, cuyos paladines denuncian a fabricantes y farmacias por fundir subrepticamente los vicios del cabaret con los del fumadero de opio. Mano izquierda y laxitud son sus enemigos, y la recién creada ONU recibe generosas subvenciones para crear una red de organismos internacionales comprometida con el prohibicionismo, que antes de terminar los años cincuenta lanza su primer plan quinquenal para "un mundo libre de drogas".

El alma del proyecto es el delegado norteamericano Anslinger, un antiguo agente de la "ley seca" que se emplea a fondo como organizador e ideólogo durante décadas. De su iniciativa parte también el *Boletín Internacional de Estupefacientes*, una publicación mensual que iba a exponer sus propias ideas sobre drogas peligrosas y minorías mal vistas. Allí podemos leer, por



José Carlos Bouso, Antonio Escohotado y Gonzalo Torrente Malvido en el desaparecido Club Psiconáutico de Lavapiés. Noviembre de 2005, Madrid

depende en buena medida de poblados que en España gestionan familias gitanas y han surgido en las afueras de cada urbe.

Visitar uno –como el madrileño de Baranquillas, recién desplazado a la Cañada Real– nos ilustra sobre algo sostenido a partes iguales por mano izquierda y *harm reduction*, pues tras la desolación de topar con un público básicamente desdentado y harapiento, observaremos también un movimiento de compradores indiscernibles del ciudadano normal. Varios coches de policía vigilan entradas y salidas, una unidad municipal de venopunción regala jeringas y agujas, y un autobús dispensador de metadona se apiada de quien no tenga efectivo. Día y noche, en cada caseta el tablero que hace las veces de mesa contiene tres bolsas de plástico y otras tantas balanzas para dispensar heroína, cocaína y crack. El vendedor o vendedora, que exige silencio en el interior, sólo quiere escuchar del cliente cuánto quiere de qué, y al visitar más de una caseta percibimos que los subhumanos

El sustrato reptiliano de nuestro cerebro le sirve de apoyo, apartando más o menos duraderamente nuestra apuesta por una libertad responsable como presupuesto de cualquier vida civilizada

ubicuos por los alrededores tampoco son los adquirentes mayoritarios. La clientela de aspecto normal viene atraída por el hecho de que la rivalidad entre familias suele asegurar el producto más barato y meno adulterado de cada ciudad.

El mañana actual

Aturdidos por el hedor de un descampado sin olores, respiramos con profundo alivio al dejar atrás esa penúltima metamorfosis del drama, un supermercado que evoca lazaretos medievales sin perjuicio de cumplir funciones complejas. Los usuarios controlados acceden a drogas en otro caso más castigadas por el monopolio, y los incontrolados disponen de un área donde pasar buena parte del día entre iguales, e incluso alquilan tiendas de campaña para acampar una temporada. Ofende a los sentidos, pero cada ayuntamiento sabe hasta qué punto cada centro podría ir desplazándose sin desaparecer, y que su existencia recorta de modo sensible la criminalidad colateral y la venta callejera. Dentro de lo bochornoso, es lo que hay mientras farmacias y otros dispensarios legales no dispongan de oferta alternativa.

En el 2007, la Junta de Andalucía hizo públicos los resultados de observar varios años a dos grupos de control, uno mantenido con metadona y otro con heroína farmacéutica. El ensayo demostró que quienes reciben la droga considerada infernal están más sanos y dispuestos a trabajar que quienes reciben su supuesto antídoto, un resultado nada imprevisible. En efecto, la metadona es un compuesto más tóxico aún y sin virtudes eufóricas, solamente muy adictivo. Quien pretenda usarla de modo crónico debe añadirle Valium, alcohol, coca, litros de café y por supuesto heroína, mientras el heroínmano tiene bastante con su droga. Es, pues, más compasivo para con estos adictos y apoya más su reinserción social administrarles heroína que metadona. Por ahora, sin embargo, los acogidos al programa sólo reciben la droga intravenosamente –algo anacrónico para la mayoría de los yonquis–, porque esnifar el producto o aspirar el humo producido al calentarlo no son vías de acceso admitidas por los protocolos médicos.

Aun tropezando con resistencias desde el principio, la cruzada ha cumplido buena parte de lo que pretendía en su país originario y en el resto del mundo, demostrando

sobradamente su energía. Como la causa del Che Guevara, llamada a seguirse “hasta la victoria, siempre”, no es una escuela ética, médica o jurídica, sino una amalgama de religión y política inasequible a la duda y el desaliento. Sirir más lejos, ha mantenido inalterado su criterio ante situaciones tan distintas como la inicial –un planeta regido por reglas laxas y particulares– y la actual, donde reina una regla única muy estricta y el imperio subterráneo crece a sus anchas. En alarmas como éstas el peligro proyectado sobre otros mide también el temor de cada cual a sí mismo, pues ¿qué sentido tiene ponerse fríamente a reflexionar sobre consecuencias a medio y largo plazo de tal o cual actitud cuando el paraíso artificial tiente hasta a los líderes, a cualquiera?

Como en otras empresas coactivas sublimas, la voluntad gobierna el intelecto presentando los reveses como acicates y las objeciones como deserciones. Está preparada tanto para clamar sola en un desierto como para dirigir con mano firme la conducta de todos, y la única forma que tiene el tiempo de influir sobre su decisión es ir desplazando gradualmente el escándalo/angustia hacia otros núcleos de alarma. Los argumentos convencen a quien puede pensar sin miedo, no al que percibe en “la” droga una epidemia, y el estado de cuarentena sólo va remitiendo a medida que el objeto supuestamente extraño va infiltrándose por contacto. En las reuniones a puerta cerrada del Comité de Expertos puede estar sobre la mesa un informe sobre la incómoda situación de una medicina arrastrada a combatir a la imaginación química, mientras legiones de rebeldes se burlan de todas sus recomendaciones. Pero ha sido un fenómeno de familiarización o convivencia el factor decisivo, a mi juicio, para que la guerra sin cuartel desembocase en silencioso armisticio.

De hecho, el tabaco –que durante los últimos siglos fue la única droga adictiva no perturbada– ha pasado a aprovechar los derechos adquiridos por otras drogas, inaugurando un tipo de cruzada *light* que tantea la tolerancia de una minoría tan amplia ante la inmiscusión estatal. Es una manera de insinuar hasta qué punto la democracia liberal puede acoplarse con las bases del Estado Clínico (Szasz), y sólo el tiempo dirá si fabricantes y usuarios seguirán tolerando que sus pertenencias carguen con lemas e imágenes grabados sin su consentimiento ni indemnización, o una discriminación que confiere al tercio de los adultos la undécima parte –o sencillamente nada– en espacios públicos. Si la restricción creciente al fumador no topase con resistencia civil, el “por su bien” podría extenderse nuevamente a la caza de polvos, pastillas y otros productos no odoríferos, y quizá devolver una adhesión más amplia al resto de la cruzada.

Cuando empecé a tomar notas y acumular bibliografía sobre historia de las drogas estaba en mitad de la cuarentena. Ahora me acerco a los setenta, y quizá el lector se preguntará si el paso del tiempo me ayudó a cambiar de criterio en esto o lo otro. Desde luego, si volviese a escribirlo le quitaría una indignación mejor o peor contenida, que añadiendo obviedades lastra el rigor expositivo. No he cambiado de idea, por lo demás, sobre las cruzadas en general y ésta en particular: siguen pareciéndome explosiones de paranoia colectiva, tanto más crueles cuanto que siempre cumplen lo

Cuando hablamos de prevención sin sabotaje será para ofrecer guías de uso, no de abstención

mismo –imponer la estrategia de chivos expiatorios– al amparo de diversos pretextos. El sustrato reptiliano de nuestro cerebro le sirve de apoyo, apartando más o menos duraderamente nuestra apuesta por una libertad responsable como presupuesto de cualquier vida civilizada.



Las plantas prohibidas por la Convención Única de Estupefacientes de las Naciones Unidas en 1961.

Eso no quiere decir, por supuesto, que nuestra relación con el arsenal de sustancias psicoactivas pueda superar en beneficios a los perjuicios sin poner nosotros al menos tanta cautela, amor propio, arte y respeto por los demás como demandan otras esferas de la conducta, ni que el futuro sea fundamentalmente halagüeño y excuse nuestra atención. Ser padre de siete hijos, de los cuales seis están entre los quince y los cuarenta años, y sentirme orgulloso de todos ellos, no evita que la campanilla del teléfono estremezca si suena de madrugada en fin de semana, cuando se concentran los percances de carretera. Con una capacidad adquisitiva que nunca tuvo, la juventud prolonga algo análogo al jorgorioso entierro de la “ley seca”, como si una especie de mutación permitiese ingerir cantidades y variedades de drogas capaces de incapacitar temporal o permanentemente a buena parte de mi generación. La familiaridad lleva consigo eso, pero la vida ha ido haciéndose cada vez más laboriosa, y ensancha el margen de seguridad –la proporción entre dosis activa y letal– no ha movido un milímetro el margen de aceptación social, más implacable que nunca a la hora de castigar a

quien pierde el tiempo o cree poder intoxicarse sin pagar la correspondiente factura.

Dentro del gregarismo generalizado, Holanda destaca como un oasis de cordura. Al separar el cáñamo de otras drogas evitó en los setenta enajenar la confianza de sus jóvenes, como hacen los gobiernos cuando lanzan al mismo saco infernal cualquier droga distinta del alcohol, el tabaco y los productos de farmacia. Más adelante montó laboratorios móviles para detectar adulteración en drogas distribuidas por discotecas, *afterhours* y *raves*, prosiguiendo su política de mitigar riesgos con realismo. Sus ayuntamientos fueron también pioneros, como algunos suizos, en la dispensación de heroína como alternativa a la metadona, o en la disponibilidad controlada de lsd. En ningún país hay una oferta de drogas comparable, y ninguno tiene menos adictos de los clasificados como irrecuperables. Con mano izquierda ha convertido la marihuana que en Malasia y otros países desempolva la horca en un negocio básicamente tranquilo, del cual viven incontables familias, fuente de un turismo que aprovecha a todos. Para acabar de desconcertar al cruzado, mil *coffee shops* con refinadas ofertas de cáñamo y hachís mantienen ese consumo en un nivel

sensiblemente inferior al español, e incluso al italiano e inglés.

Quizá el progreso técnico sea inseparable de una psicoautía en aumento, que al ensanchar el espacio interior compense el paulatino recorte del exterior, instado por la presión demográfica y el precio del suelo. Tampoco es improbable que drogas por descubrir lleguen a ser obligatorias en ciertas circunstancias, como ahora lo es el cinturón de seguridad. En todo caso, nuestros hijos desoyen el sermón prohibicionista, cuya presencia resulta por eso mismo contraproducente. Cuando hablamos de prevención sin sabotaje será para ofrecer guías de uso, no de abstención. En efecto, a nadie se impone hoy la ebriedad con esto o lo otro, y huir de infortunios evitables pasa por sentar conocimientos en vez de prejuicios. El desafío del momento es que la política de *harm reduction* no sólo se aplique a minorías castigadas por marginalidad económica o psicológica, sino al conjunto de las personas que por una razón u otra se desvían del menú farmacológico oficial.

Seguir haciendo que ese millar de millones de individuos no tenga acceso al control de calidad vigente para farmacias, estancos y supermercados multiplica los peligros del





objeto nominalmente prohibido, accesible en la práctica sin dificultad alguna pero especial por incluir las únicas cosas del mundo donde sola dosis *facit venenum*. Tras décadas de guerra orientada a redimir almas secuestradas por drogas infernales, imaginar que el descomunal mercado negro podría reconducirse a la transparencia sin mediaciones hoy incalculables es adherirse a un acto tan mágico como limpiar el planeta de drogas ilícitas. Mientras la historia real vaya roturando aquellas sendas eventualmente decisivas, la compasión dicta a mi juicio ir sustituyendo el experimento eugenésico de la cruzada por una razón empírica u observante, aligerada de fábulas. Lo turbador del caso es que se nos llevarán los demonios si no enseñamos a dosificar con ingenio, como intentamos enseñar las profesiones, cuando ese arte pende de tener claras cantidad y pureza.

El experimento prohibicionista no ha conseguido disuadir a usuarios, limitar los puntos de venta o siquiera encajarse lo ilícito. Pero ha logrado espesar la bruma que rodea a cada composición, y por eso mismo ha acabado siendo el principal aliado de su aparente adversario, el traficante desaprensivo. ☺

“Extra prohibición” de CÁÑAMO se ha realizado gracias a la participación de estas compañías

Instituciones colaboradoras

			
---	---	---	---